

CARTA DE MUJERES



Por qué en pos de la educación y la modestia damos cabida al orgullo?

Porque lo manda la lógica. Es el orgullo un elemento tan sutil como el aire; tan sutil que penetra con dolorosa frecuencia en las regiones del alma por la puerta de oro que podemos llamar modestias.

Cuando esa puerta está abierta, el orgullo no es aire, es huracán; y como de esa puerta sólo la educación tiene la llave, de ahí que procedamos en estos capítulos como de la causa a su efecto.

La educación bien dirigida hace germinar y prosperar la modestia; la educación bastardeada por los vicios sociales, guía indefectiblemente al orgullo.

El alma de la mujer yace como dormida por espacio de muchos años. Cuando despierta, tiende una mirada de asombro en derredor suyo, y lo haya todo pequeño.

En la cabeza de la mujer cabe todo pensamiento elevado; en su corazón cabe todo sentimiento noble; pero ni su cabeza ni su corazón están de ordinario preparados para elaborar esos pensamientos elevados, para dirigir esos sentimientos nobles.

Entonces la mujer no está educada, y no estándolo, emplea la actividad de su espíritu en comparar la consideración que merece al mundo, ella que se estima en mucho, con la consideración que al mundo merece el último de los hombres.

De esa consideración y de esa comparación nace el orgullo.

Sin embargo, el orgullo, que suele ser una enfermedad epidémica de los hombres, es sólo una enfermedad endémica de las mujeres.

Como este principio, que está muy próximo a ser axioma, puede atraer el desagrado y aun la saña de algún crítico, pro-

curaremos distraerlo con dos preguntas un tanto inoportunas:

¿Es la mujer en el catecismo de la vida el octavo pecado capital, o es la cuarta virtud teológica?

¿Es verdad que en la cadena invisible que une al cielo con la tierra, la mano de la mujer está asida a la del ángel, y la mano del hombre asida a la melena del león?

Si el crítico lograre responder satisfactoriamente, cesaremos al punto, por juzgarlas inútiles, en las investigaciones que nos proponemos.

Entre tanto nos tomamos la libertad de continuar.

Sabe más, en concepto de algunos, quien ha hojeado ese libro misterioso que se llama la mujer, que quien consume su vida entre el honroso polvo de las bibliotecas.

Y es una gran verdad.

No hay sabio a quien no pueda decir con justicia una mujer: «Insensato, la ciencia soy yo.»

No hay hombre que no lleve alguna historia escrita en el alma, o algún retrato grabado en el corazón.

No carece, pues, de fundamento, en tesis general, el orgullo de la mujer.

Si el orgullo es, como dice Casti, la hidropesía moral de las cabezas humanas, fuerza es convenir en que el sexo femenino se halla horriblemente atacado de esa grave enfermedad.

No hay nada más difícil que saber tener orgullo. El orgullo sale a la superficie muchas veces por un exceso de humildad, de paciencia, de lealtad y de todo afecto mal educado, como que es el amor propio, o la estimación de sí mismo, sin límites, sin el *modus in re* que constituye la modestia; cuando el orgullo sale a la superficie de este modo, aparece más repugnante por lo mismo que se complica con la hipocresía.

No negaremos que en ocasiones el orgullo es el mejor centinela del pudor; pero no causa gran edificación ni ofrece gran seguridad una virtud que para conservarse ha menester que la custodie un vicio.

Entre la dignidad y el orgullo hay la misma semejanza que entre la llama que alumbraba y la llama que quema.

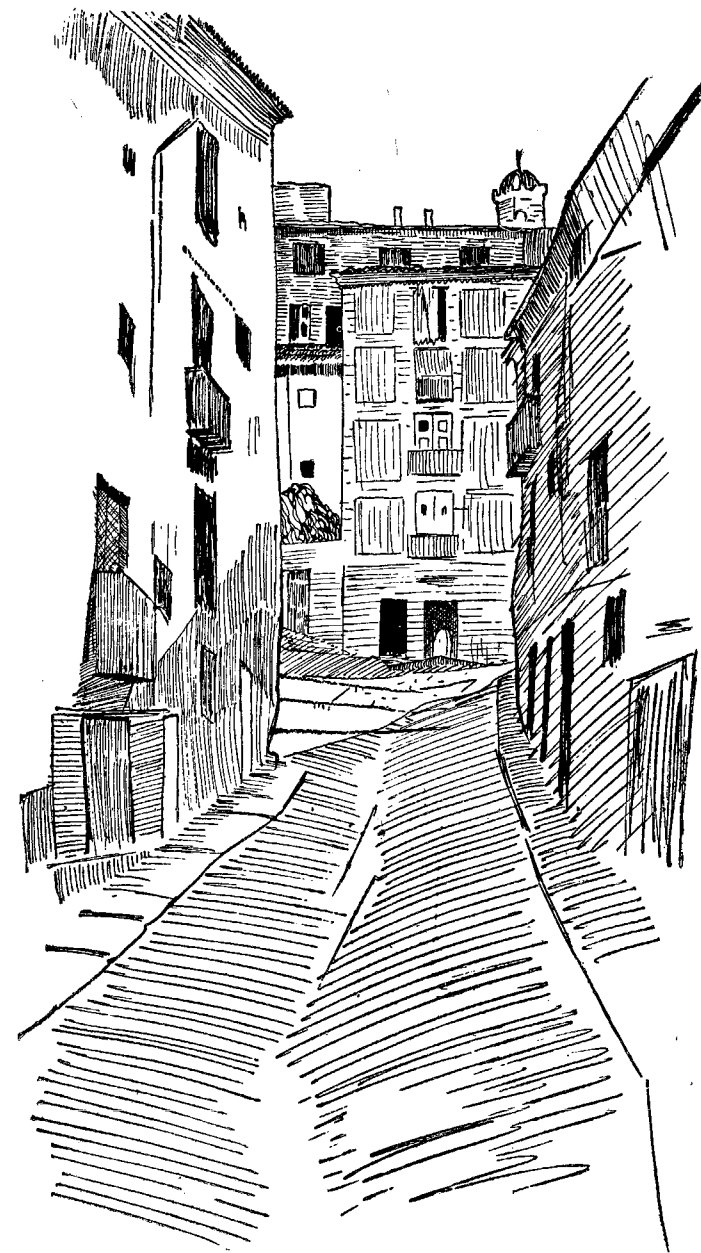
La modestia exagerada es la medianería que separa a aquéllos dos sentimientos.

Una mujer francamente orgullosa es mil veces preferible a una mujer hipócritamente modesta.

Severo CATALINA

(De «La Mujer»).

DEL CUENCA TÍPICO



Rinconada de Santo Domingo